

A black and white, high-contrast portrait of a man, César Calvo, looking downwards and to the left. The lighting is dramatic, highlighting the contours of his face and the texture of his skin. He is wearing a dark suit jacket, a white shirt, and a dark tie.

César Calvo

Poemas

CÉSAR CALVO

Poemas

CÉSAR CALVO

Selección de poemas

UN LIBRO
SIEMPRE ES
UNA BUENA
NOTICIA
FONDO EDITORIAL UAP

Este libro
se distribuye gratuitamente
con la revista Caretas

© UNIVERSIDAD ALAS PERUANAS
Rector: Fidel Ramírez Prado Ph.D
Av. Cayetano Heredia 1092, Lima 11
e-mail: webmaster@uap.edu.pe
web-site: www.uap.edu.pe Teléfono: 266 - 0195

FONDO EDITORIAL
Director: Dr. Omar Aramayo
| e-mail: o_aramayo@uap.edu.pe |
Av. Paseo de la República 1773
La Victoria - Lima
Teléfono: (01) 265 - 5022 anexo (27)

Cuidado de texto: Gerardo Pérez Fuentes
Diseño y edición gráfica: Daniel Aquino Velazco
Fotografía de carátula: Eva Lewitus
Hecho el Depósito Legal
en la Biblioteca Nacional del Perú: N° 2012 - 11691
ISBN : 978 - 612 - 4097 - 40 - 9
Derechos reservados: UAP
Primera edición: Lima, 2012

Agradecimientos:
A la familia Calvo. En especial, a Diana Gil Calvo.
A Mariví Mujica y Rina Dibós

Prohibida la reproducción parcial o total de este libro. Ningún párrafo, imagen o contenidos de esta edición puede ser reproducido, copiado o transmitido sin autorización expresa del Fondo Editorial de la Universidad Alas Peruanas. Cualquier acto ilícito cometido contra los derechos de propiedad intelectual que corresponden a esta publicación será denunciado de acuerdo al D.L. 822 (Ley sobre el derecho de autor) y con las leyes que protegen internacionalmente la propiedad intelectual.

Contenido

Introducción

POEMAS BAJO TIERRA (1960)

Aquel bello pariente de los pájaros	17
Venid a ver el cuarto del poeta	18
Dan las campanas tu recuerdo en punto	20
Onomástico	21

Ausencias y retardos (1963)

Nocturno de Vermont	25
Ausencias y retardos	27

El último poema de Volcek Kalsaretz (1965)

Viejo tiempo nacido bajo el cielo	33
A la orilla del Drawa, alguna vez	35
El retorno	36
X	37

El cetro de los jóvenes (1966)

La puerta	41
Preguntas y penumbras	42
El recuerdo	44
Oración de la víspera	45

Cancionario (1967)

La despedida	49
Caballero de los mares	50
La luna del cantor	51
Balada sin regreso	52
Ronda callada	53

Pedestal para nadie (1970)

Círculo	57
Insomnio	58
Vals trenzado	60
Esto era pues, y nada más, la vida	66

Poco antes de partir (1971)

Para Elsa, poco antes de partir	71
---------------------------------	----

Como tatuajes en la piel de un río (1985)

XVII	83
XXIII	84
XXXVIII	85

Poemas breves

Ayahuasca	89
-----------	----

INTRODUCCIÓN

César Calvo, aquel bello pariente de los pájaros, ha devenido en mito con los años transcurridos y en el espacio vacío que dejó su ausencia. Y esto no debe de asombrarnos porque la memoria siempre le reserva a los mejores un sitio privilegiado. César Calvo existió como ser humano, es cierto, pero tal vez fue un dios de la Amazonía encarnado en un joven elegante, hermoso y esbelto, que se mantuvo así hasta el último de sus días. Vino a Lima desde los ríos astrales a deslumbrar a sus contemporáneos y a las generaciones del futuro con sus versos luminosos y sonoros, y que a los sesenta años, cuando nadie podía suponerlo, desapareció inexplicablemente. Tal vez su misma muerte sea una broma de mal gusto, la única, como dice su amigo, prologuista, y traductor, Antonio Melis, y de pronto, cuando menos lo esperemos, reaparezca con su gigantesca y cálida carcajada.

Sobre él, se han tejido fabulosos relatos que si no son ciertos, valdría la pena que lo fueran. De todo ese cúmulo de historias, hay algunas que son realmente notables, como aquella que cuenta cuando entabló amistad con Chabuca Granda. Él se acercó y le dijo: “Señora, yo me llamo César Calvo. Me miró medio desconcertada, como preguntando ¿qué?, y yo le dije, sabe, quiero que me disculpe una

cosa, yo soy mitómano de profesión. Entonces me miró con terror. Yo ando diciendo que la canción *Puente de los Suspiros*, que usted acaba de dar a conocer me la dedicó; que yo soy el poeta que la espera en aquel puente. En esa época vivía en el Puente de los Suspiros, en la bajada, en el 363. Chabuca estaba asustada. Yo quiero pedirle un favor, no me desmienta cuando se lo pregunten. Así empezó una gran amistad”.

Otra historia seductora y tierna, está referida a su madre doña Graciela Soriano a quien cariñosamente Calvo llamaba “Chino”, porque alguna vez debido a un problema que doña Graciela sufría en los pies, tuvo que usar zapatitos orientales, César hace bromas en torno de ello, le lleva chifa, le habla en un chino inventado, y ella lo mismo, le corresponde con la misma gracia, y se queda con ese enigmático nombre que aún la acompaña en sus espléndidos 103 años de edad.

Ricardo González Vigil dice con sabiduría que César Calvo hizo de la amistad una de las bellas artes, Tuvo amigos míticos (Javier Heraud, Manuel Scorza, Chabuca Granda, Fidel Castro, Gabriel García Márquez, Carlos Chino Domínguez, Pablo Milanés, Thiago de Melo, Chico Buarque, Joan Manuel Serrat, Alfredo Zitarroza, Manongo Mujica, y miles de amigos más, cuyos nombres ocuparían un inacabable volumen) a quienes amó como si fuera él mismo; y sobre cuyas relaciones se han recogido anécdotas tan sabrosas como de hondo significado humano. Sus viajes, las ciudades donde vivió, sus amantes numerosas y bellas, sus ideales generosos cual viento dorado que corta el día en partes simétricas e innumerables y que fueron escritos por su corazón ardiente de poeta deslumbrado en pos de nuevos cielos y remotos puertos.

En algún momento se creyó, ante la creciente intelectualización de la poesía peruana, bajo la influencia de la poética sajona, a partir de los años sesenta, que la poesía de César Calvo era poesía menor y venida a menos, pero el tiempo justiciero, que a veces demora pero no tanto, y cuando algunos creían haber hecho de las suyas, a sus espaldas, vuelve veloz a poner las cosas en el lugar que les corresponde; así, la fuerza de la historia le ha devuelto la luz que le pertenece a su cetro. Poesía cuya pretensión, desde el primer verso, no es sino cantar, cantar con toda el alma, a cielo abierto, con la voz diáfana de los pájaros, con la fuerza genética de los manes y las raíces de un país antiguo y sabio, rico en palabras bellas y poemas de tradiciones arcaicas; otras veces, con la dulce entonación del harawi, del susurro agónico. Poesía que emociona, con sus imágenes exultantes, surrealistas, plena de paisajes misteriosos.

Bajo el influjo de su amigo y maestro Juan Gonzalo Rose, maestro en ingenio y sabiduría popular, buscó para su poesía el duro mundo de la realidad verso a verso, mundo que le fue esquivo por las musas, porque él pertenecía a instancias sutiles y evanescentes; su poesía, como la mayor parte de los grandes poetas del siglo XX, va por otros rumbos, por eso para conocer de su filiación poética, diríamos de él lo que Mario Vargas Llosa dijo de Rose: “Como los modernistas, erige su mundo compensatorio, de belleza y placer, mediante el exotismo, es decir la fuga en el espacio, y el mito, la fuga en el tiempo. Lo que está lejos en la geografía o en la historia inevitablemente se baña de subjetividad... Es lo que hizo Darío con Grecia y Versalles, Eguren con Escandinavia y Alemania, Chocano con el Incario y el Virreinato, Lugones con los gauchos, Valle Inclán con México... Pero a diferencia de los modernistas, no es inocente. Se sabe, irreal, fabricado

con la más implacable de las materias, condenado a ser siempre imagen, sonido, y jamás experiencia vivida". Con la atingencia que en Calvo, el exotismo más de las veces, es drama humano, herida abierta al costado de la vida, obviamente, sin llegar al realismo consuetudinario: Vermont, Pevás, Auschwitz, Varsovia, Drawa, París, China, Egipto, el mundo quechua, espacios, distancias, lejanías y proximidades que nos internan en la evocación, nos aproximan a través de la imaginación a paisajes interiores, climas, sensaciones.

Pero hay otro César Calvo, el narrador, el extraordinario novelista, aquel que luego de un largo viaje, el del poeta, vuelve a sus raíces más profundas, a los mitos de creación, al habla popular, a la voz singular de la tierra, el aliento autóctono que de acuerdo con las nominaciones de la época deviene en llamarse realismo mágico o lo real maravilloso, (que no es sino otra forma de la poesía, la del yo colectivo) y dentro de esa corriente logra descubrir, inventar, y crear, desde una expresión lingüística que lo emparenta con la escritura radical de Churata, a medio camino entre dos o más géneros, y con Arguedas, a través de una novela única en su género único, como es *Las tres mitades de Ino Moxo*, cosmogonía inédita en los ojos mismos del siglo XX, o ficcionar a su amigo entrañable, Manuel Scorza, en el libro segundo de *Edipo entre los inkas*, para hacernos vivir la saga antifeudal del indigenismo, regurgitante, rebosante de vida; o, asumir la defensa de la supervivencia y la cultura de los pueblos amazónicos. Calvo, es un creador escondido, un autor de culto, de escogidos que veneran sus libros como tesoros; él, que fue promotor cultural, tal vez olvidó promocionar a su obra literaria.

Numerosas facetas tuvo: declamador, lector en off, cantautor, y otras sugeridas en *César Calvo Siempre* (2002), importante libro de testimonios editado por Juan Pablo Carcelén y que constituye el más entrañable y hermoso homaje al poeta, dada la intensidad, el interés, lo estético y ético de la vida de César Calvo, alguna vez sumo pontífice de *La capilla*, bar legendario de la cuadra séptima del jirón Lampa, o la voz oficial (pero no solemne) del grupo *Perú Negro*, al que impulsó con todo su genio e ingenio.

Para la Universidad Alas Peruanas, su rector, el doctor Fidel Ramírez Prado, y el Fondo Editorial, rendir este homenaje al poeta creativo, al escritor que depositó su fe en la integración de la cultura andina, amazónica, y afroperuana, significa reiterar su fe en la grandiosidad de la cultura nacional, en sus múltiples expresiones, en su carácter universal. Más aún, cuando la revista *Caretas*, con su auspiciosa cobertura y en su probado interés y amor por la literatura, nos alienta en este afán.

Omar Aramayo

Poemas bajo tierra (1960)

AQUEL BELLO PARIENTE DE LOS PÁJAROS

Aquel bello pariente de los pájaros
 que escondía su sombra de la lluvia
 mientras tú dirigías
 sobre ardientes cuadernos el vuelo de su mano.
 El niño que subía
 por el estambre rojo del verano
 para contarte ríos de perfume,
 cabellos rubios y país de nardos.
 Tu niño preferido —¡si lo vieras!—
 es el alma de un ciego que pena entre los cactus.
 Es hoy el otro, el sin reír, el pálido,
 rabioso jardinero de otoños enterrados.

¿Y sabiendo esto lo quisiste tanto?
 ¿Lo acostumbraste al mar,
 al sol,
 al viento, para que hoy ande respirando asfixias
 en un pozo de naufragos?
 ¿Para esta pobre condición de niebla
 defendiste su luz de enamorado?

Poesía, no quiero este camino
 que me lleva a pisar sangre en el prado
 cuando la luna dice que es rocío
 y cuando mi alma jura que es espanto.

Poesía, no quiero este destino.
 Llévate tus sandalias.
 ¡Devuélveme mis manos!

El final de la historia lo dirán las estrellas
 y las hojas que cubren mi sueño sepultado.

VENID A VER EL CUARTO DEL POETA

Venid a ver el cuarto del poeta.

Desde la calle
hasta mi corazón
hay cincuenta peldaños de pobreza.
Subidlos.
A la izquierda.

Si encontráis a mi madre en el camino
cosiendo su ternura a mi tristeza,
preguntadle
por el amado cuarto del poeta.

Si encontráis a Evelina
contemplando morir la primavera,
preguntadle
por mi alma
y también por el cuarto del poeta.

Y si encontráis llorando a la alegría
océanos y océanos de arena,
preguntadle
por todos
y llegaréis al cuarto del poeta:
una silla, una lámpara,
un tintero de sangre, otro de ausencia,
las arañas tejiendo sordos ruidos
empolvados de lágrimas ajenas,
y un papel donde el tiempo
reclina tenazmente la cabeza.

Venid a ver el cuarto del poeta.
Salid a ver el cuarto del poeta.
Desde mi corazón
hasta los otros
hay cincuenta peldaños de paciencia.
¡Voladlos, compañeros!

(Si no me halláis
entonces
preguntadme
donde estoy encendiendo las hogueras).

DAN LAS CAMPANAS TU RECUERDO EN PUNTO

Dan las campanas tu recuerdo en punto.

Afuera se pasean las dos de la mañana.

Nada pudo diciembre contra el semestre tuyo.
Nada el sol silencioso contra tu sombra hablada.
Desde el fondo de todo
lo que tengo,
me faltas.

Dan las campanas tu recuerdo en punto.
Y afuera se pasean,
de una
en una,
las dos
de la mañana.

ONOMÁSTICO

Veintitantos de julio en este vaso
que acerca mi sedienta lejanía

Veinte años de tener derecho a nada.

Veinte años de jardín

en vano. En vano.

Veinte años de lavarle la cara a la pobreza
para no quedar mal con las visitas.

Ah, veintiséis en blanco, veinticuatro
del mes en curso y de mi muerte en cinta:
doblo mi corazón y me dan ganas
de mentarle la madre a la alegría!

Ausencias y retardos (1963)

NOCTURNO DE VERMONT

Me han contado también que allá las noches
tienen ojos azules
y lavan sus cabellos en ginebra.

¿Es cierto que allá en Vermont, cuando sueñas,
el silencio es un viento de jazz sobre la hierba?

¿Y es cierto que allá en Vermont los geranios
inclinan al crepúsculo,
y en tu voz, a la hora de mi nombre,
en tu voz, las tristezas?

O tal vez, desde Vermont enojado de otoño,
besada tarde a tarde por un idioma pálido
sumerges en olvido la cabeza.
Porque en barcos de nieve, diariamente,
tus cartas
no me llegan.
Y como el prisionero que sostiene
con su frente lejana
las estrellas:
chamuscadas las manos, diariamente
te busco entre la niebla.

Ni el galope del mar: atrás quedaron
inmóviles sus cascos de diamante en la arena.
Pero un viento más bello
amanece en mi cuarto
un viento más cargado de naufragios que el mar.

(Qué luna inalcanzable
desmadejan tus manos
en tanto el tiempo temporal golpeando
como una puerta de silencio suena).

Desde el viento te escribo.
Y es cual si navegaran mis palabras
en los frascos de nácar que los sobrevivientes
encargan al vaivén de las sirenas.

A lo lejos escucho
el estrujado celofán del río
bajar por la ladera
(un silencio de jazz sobre la hierba).

Y pregunto y pregunto:

¿Es cierto que allá en Vermont
las noches tienen ojos azules
y lavan sus cabellos en ginebra?

¿Es cierto que allá en Vermont los geranios
otoñan las tristezas?

¿Es cierto que allá en Vermont es agosto
y en este mar, ausencia...?

AUSENCIAS Y RETARDOS

III

Más allá de los últimos mástiles ardiendo,
 más allá de mis ojos y tus pies y tus manos de yeso,
 y tus pechos mordidos por la nieve,
 más allá de los jóvenes mendigos
 que con babeantes dedos mancharon en tu vientre
 el sello blanco del amor:
 yo te amo.

Yo me emociono por primera vez.

Yo recuerdo tus ojos de pescado
 debajo de esta lluvia que golpea las ramas del verano.

Yo me interno descalzo por el tiempo vacío
 mientras la noche cae
 como un árbol quemado
 y el placer acecha entre las lianas oscuras
 desde los ojos de una boa irresistible.
 Y prosigo.

Prosigo.

Nadie puede alcanzarme.

Nadie puede alcanzarme
 cuando enciendo tu nombre,
 cuando hasta los cadáveres se cubren de rocío
 y yo danzo fatigado y triunfal en redor de tu aliento
 que arde como esqueleto de una pira en el bosque.

Escrito está que siempre,
 doquiera se entreabran al viento las compuertas,
 en el vaso que bebas,
 en la luna que vuelques sobre mi pecho helado,

cuando subas a los tranvías
o desciendas
estremecida
de los ardientes cadalsos,
o sonrías a solas con los otros
tras una máscara de celofán mojado.

Porque yo soy tu sangre.
La crujiente memoria de las tardes de hotel
donde una toalla de azahar y el gesto
con que la sed desborda los cántaros de cobre.

Y eres tú en el galope lejana de los años, eres tú
quien detiene, quien desboca
los ríos de las noches en mi cuarto.

Y aunque mi rostro apagues en espejos de sangre,
aunque sea una piedra quien te guíe desde un cielo
de barro,
bien sabes que encanezco, bien sabes
qué espejismo palpito cuando pasas,
cuando no, cuando barres la neblina,
cuando inventas la lluvia a través de ciudades
calcinadas.

Pequeña diosa, carne de los cuervos,
agua de mordeduras insaciables,
lávame en la candente ceniza de tu cuerpo,
vierte tu dolorosa palidez en mis manos,
y antes que el crepúsculo descienda
de los bosques
a tenderse en la arena como un lagarto acuchillado,
desgárrate los muslos con mi flecha de seda
y en el centro del sueño deja entonces que me hunda
bajo las plumas rojas y lentas del otoño.

IV

Estatua malherida por el musgo, por el olor
 del semen levantado con rapidez de abismo,
 ellos son los que escupen tu nombre en las paredes,
 los que cuelgan tu vida de un clavo,
 los que te sumergen en un río de lava,
 los que cortan frenéticos tu mano
 que asoma entre las sábanas como grito de auxilio.

Al final de la noche devastada
 nadie se inclina a alzarte de las ruinas,
 nadie te oye crecer como un incendio
 hostil
 En los suburbios.

Cuando el silencio avanza como una ola más grande
 que el mar,
 mientras los mutilados te tatúan las piernas
 y tus hombros engrasan tras un viento de alambre,
 quién sino yo te aguarda
 deshilachado cual un sauce bajo la lluvia;
 y después de después,
 virgen de moho,
 quién sino yo te besa los pies, lame tus llagas,
 te libra dulcemente de las vendas oscuras
 y el otro lado de tu sombra te ama.

Magdalena
 ahogada en la noche de un espejo,
 te estoy viendo en los cepos desbocarte,
 entre sucias penumbras alquiladas
 y antifaces y muslos y quejidos,
 a cada paso asiendo mi nombre a cada cuerpo,
 piraña atormentada en un acuario.

El último poema de
Volcek Kalsaretz (1965)

VIEJO TIEMPO NACIDO BAJO EL CIELO

Viejo tiempo nacido en nuestras tumbas bajo el cielo
 inerme, cuando la primavera tras de las alambradas
 era un sol
 verde comido por las ratas, y ni luz ni consuelo
 a nuestro corazón encadenado, tú, viejo tiempo
 testigo,
 no nos abandonaste, no nos abandonaste.

Largos fueron los días que atestados llevaban
 a la muerte, como trenes, o largos como filas
 de piojos,
 sangre del árbol negro, la negra noche de Auschwitz
 girando como trompo en la mano de Amán;
 una llave caía, una estrella podrida, en la memoria;
 eran entonces voces, pozos insomnes éramos
 reunidos,
 resecos, tapiados como el ojo de la felicidad,
 inocentes y muertos y olvidados:
 León Braiman, obrero, fusilado,
 Luisa Piekaretz, niña, incinerada,
 Alberto Goodman, médico, asfixiado,
 Sergio Dannon, estudiante, estrangulado.

Volcek Kalsaretz, nadie, todavía.
 Inolvidables muertos olvidados: más me hubiera
 valido
 caer entre vosotros bajo aquel sol inerme
 comido por las ratas
 Todavía los gritos me golpean la frente, como hojas
 otoñales veo caer vuestros rostros acuñados
 por el miedo,

roto ya para siempre como un dique el recuerdo,
inundado mi corazón de ciega luz, rebalsado como
un espejo
oscuro, me afeitó en las mañanas, mi rostro no es
mi rostro, ya no
soy más, debajo de mi frente yazgo muerto mil veces,
me levanto,
ando al borde del ancho Amazonas por la tarde,
penosamente, como
si arrastrara mi cadáver, tu cadáver, oh tiempo
innumerable, eternamente.

A LA ORILLA DEL DRAWA, ALGUNA VEZ

Era entonces la vida como una
 jarcia al viento; en los altos establos o en la noche
 el día de tus aguas
 rodeaba mi corazón, y sobre ágiles campos
 de cebada, tú,
 cómplice de mi infancia, Drawa de labios húmedos
 inventabas los juegos y los cantos.
 Todo nacía de tu mano azul, todo volaba,
 oh río de ojos claros, como claro milagro.

Detenerte no pude en esos años, cuando
 el amable invierno te extendía como una blanca
 súplica,
 limosnero de mis pies y las estrellas,
 infatigable y luminoso y cálido, duende
 bueno girando en mi alegría bajo los pinos
 enjoyados como esqueletos de astros; o en
 el granero, tú y yo
 recostados, prohibidos en el heno, hasta que
 las agujas de los gallos
 asediaban mis ojos y el sol se incorporaba
 como un convaleciente entre tus brazos, brazos de
 invierno amable, pecho cándido, prestidigitador
 omnipotente: entre tus verdes brazos que
 no pudieron tampoco retener esos años, retenerme.

Negra y sedienta hoguera de la memoria en torno
 a la cual danzan niños de ojos quemados,
 crece hoy en tu lugar sobre las ruinas del
 invierno. ¡Cómplice de mis cantos, Drawa de labios
 húmedos,
 oh río de ojos claros como un claro milagro,
 ninguna huella dejan mis pies al recordarte:
 al igual que tus aguas, el blanco tiempo del amor,
 la infancia se evaporó en los ojos de aquel negro
 verano!

EL RETORNO

Todos los rostros se desprenden
De nuestros ojos caen como cáscaras los años
Sin embargo debemos sonreír como ese espejo
Donde un soplo borró la imagen más amada
Y desteñidos paisajes se aniegan en lo oscuro.

Hasta que sentimos sobre nuestros ojos
Las primeras paladas de tierra
La última caricia inacabable
Y nos reconciamos con nuestra procedencia.

Así ha ocurrido siempre y así tendrá que ser
Y luego de la helada corriente y luego
De enterrada la luna entre sus aguas
En el siguiente día
El mismo sol que muere por una sola vez
Caerá como un río sobre campos sin memoria.

X

De mañana, en el establo,
entre las vacas robadas
llora y llora Estrella Weismann:
sólo encontró un niño muerto.

Y de tarde, en el establo,
llora y llora Estrella Weismann
entre las vacas robadas,
sobre el muerto niño muerto.

Y de noche, en el establo
ya no llora Estrella Weismann:
inmóvil y muerta Estrella
con su hijo muerto, en el cielo.

El cetro
de los jóvenes (1966)

LA PUERTA

Alta y gastada puesto que precede
 a su propia madera, a nuestro gozne, se abre
 hacia las mismas calles que son otras
 y los mismos destinos que son otras
 y los mismos destinos que son otros
 y las mismas preguntas.

Por esta Puerta, nadie.
 Súplicas inútiles oxidan sus bisagras: los jóvenes
 calzados con hierba de relámpago
 ni a sus umbrales como
 una ola moribunda llegan.

- Nosotros respondemos con la oscura
 mano en la despertada
 de los que vivirán mañana, de los que
 tras la Puerta nos aguardan

¡Ay, entonces (ahora) de ti, de nuestras mano
 que como pez agónico en el aire
 de los altos deseos hurga y
 cae, y cae sin encontrar
 ya no la cerradura
 sino el fondo, ya no la llave
 sino el agua en ruinas, ya no la Puerta
 sino el sitio de ella, el más lejano
 indicio, la sangre seca
 del tiempo que aún no llega!

PREGUNTAS Y PENUMBRAS

¿Y si de pronto huyeran
el valor y el destino
-como alas- de este pájaro
que me lleva a los vientos
o a la muerte?

Tal vez mañana mismo.

Si de pronto volara
de mi pecho
el corazón, cayera
como llave en un pozo
¿tú abrirías la puerta, cruzarías
el umbral
a mi paso señalado?

Buscando entre los muertos.

Es a ti a quien hablo,
a ti que crees
como otra larga herida
en mi memoria, a ti que ignoras
sabiamente
los tatuajes de mi brazo. Es
a ti a quien hablo.

El cuerpo del hermano.

Bajo mi cuerpo
tiéndete, acerca tus oídos
a la tierra: ¿oyes cómo mis manos
se deslizan, cómo el mar suena
todavía
desde su corazón?

Nuestro cuerpo encontremos.

Tras la puerta, otro fuego
devora las montañas
y los hombres. No digas
nunca: “hay tiempo,
hay tiempo”. Tal vez
mañana mismo,
buscando entre los muertos
el cuerpo del hermano,
nuestro cuerpo encontremos.

EL RECUERDO

Antaño fuimos otros.
Fatigados o heroicos o gozosos, eran nuestros
 los brazos
que abrazaban la tierra, los hijos, las batallas.
Y en plaza de jolgorio y de mantos volcados
sobre el césped (Fiesta del Sol, contéplanos)
danzábamos, amábamos, borrábamos las lunas.
Después llegó la sangre.
Allende el mar, como otro mar, la sangre.
Olas de sangre nuestra derribaron sembríos
y ciudades

Manco II, taytachay, contigo
como guiados por un relámpago,
tras la incendiada tela de tu pecho
marchamos hacia el Cusco.
No arriaste el corazón, la cólera, el Imperio,
Cuando la infame muerte
—por mil moscas azules precedida—
golpeó nuestros ojos en la busca de los tuyos.
No hubo mano ni amor que detuviera
tu hermoso cuerpo entrando hacia la tierra.
Y cinco mil veces fuimos, sin tregua, asesinados.
Dejamos de ser libres. Dejamos de ser dueños.
Dejamos de ser dioses.
Las antorchas bajaron la voz hasta dar sombra.
Solo la fría hierba creció sobre los campos,
cubrió los corazones, el sol, los altos muros,
el viento, las edades.

Otros fueron los hombres desde entonces
y desde entonces otra fue la Historia:
manantial de traiciones, años que solamente
ahuyentaron la sed de los cobardes.

ORACIÓN DE LA VÍSPERA

Padre nuestro que estás en el fuego,
en el agua, en la tierra, bajo el amparo
de tu sombra crecen los cabellos
del sol y de los muertos, y nada
es bello si te niega, nada existe
Acógenos ahora, en esta hora
sostennos y acompáñanos.

Horada, Padre mío, como luna
el negro cielo, nuestra época
oscura, y mi vida
revela
en el vaso que beba, en el puñal
que alce, en el pecho
que acaricie
o
acabe. ¡Oh, no me desampares, Amor, en esta hierba
vengativa que crece
sobre mi corazón, bañado
por el mar
o por la sangre que mi mano derrame!

Cancionario (1967)

LA DESPEDIDA

Es un muro delgado la despedida,
es un muro delgado la despedida:
así como la muerte,
así como la muerte, paloma,
se adelgaza cada día.

Qué será de tus pechos que yo subía,
qué será de tus pechos que yo subía.
Debajo de que noche,
debajo de que noche, paloma,
serás memoria que olvida.

Es un camino ciego la despedida,
es un camino ciego la despedida:
caminando tú mueres,
caminando tú mueres, paloma,
y yo no encuentro la vida.

Mi canto va en la noche,
luna encendida
con la luz de tu cuerpo,
con la luz de tu cuerpo
desvanecida.

CABALLERO DE LOS MARES

Por el mar libre pasa un crucero:
Cruza los tiempos, rojo y guerrero,
No es un crucero.
Es el sol que arde al amanecer.

Por el mar libre navega el cielo
Y el sol navega como un incendio.
No es un incendio.
Es don Miguel.

Caballero de los Mares,
Caballero de los Sueños,
Así en la guerra como en el cielo:
Don Miguel Grau, Gran Caballero.

Por el mar libre va don Miguel.

Y el mar libre es gracias a él.

LA LUNA DEL CANTOR

Siete son los colores de su guitarra:
tocando ese arcoíris él se acompaña.
Él se acompaña a solas y cuando calla
su canto es una luna que busca el agua.

Mucho más que un amigo
es un hermano.
Mucho más que un hermano
es un amigo.
Desde hace varias vidas canta conmigo.
Somos las dos orillas de un mismo río.

Como un sol en la noche es su guitarra.
Con ella entre las manos él también calla.
Y su guitarra entonces es una luna
que solamente brilla por la mañana.

Mucho más que un hermano
es un amigo.
Mucho más que un amigo
es un hermano.
Desde hace varias vidas canta conmigo.
Somos las dos orillas de un mismo río...

BALADA SIN REGRESO

Sólo para olvidarte
yo recorrí países y destinos.
sólo para olvidarte
gasté mi sombra en todos los caminos.
Y siempre fui, con alguien, a estar solo,
amando en cuartos desaparecidos.
Desperdiocé mi juventud bebiendo
fugaces compañías, tristes vinos.

Sólo para olvidarte
yo deshojé las flores del peligro.
Sólo para olvidarte
he sido todo lo que nunca he sido.
Yo confundí al amor con los amores.
Y los amores fueron espejismos.
Y en una caravana de disfraces
atravesé desiertos infinitos.

Y todo ha sido tarde
Y todo ha sido inútil, amor mío.
Crucé bajo los mares sin mojarme
He vivido sin ti:
nada he vivido.

RONDA CALLADA

Los niños en el Cusco juegan descalzos
sobre una ronda de botellas rotas,
y crecen como escombros en los escombros,
y son hermosos, ríen, piden limosna.

Yo me encontré con uno
frente a la plaza
y fue como encontrarme
mi propia infancia.

Los niños en el Cusco cubren mi sombra
y cuando llueve ni la luz me moja.
Los niños en el Cusco son la ventana
por donde entra cantando la mañana.

Yo me encontré con uno
frente a mi alma,
y se olvidó sus ojos
entre mis lágrimas...

Pedestal para nadie (1970)

CÍRCULO

¿Qué saben, sin saberlo, nuestros hijos?
¿Qué batallas regresan de perder?
¿Qué destinos han visto, que nos llegan
malheridos y ciegos a la vida?
Porque los hijos, nuestros hijos, salen
por la puerta de un goce
que más tarde penetran.
La noche de su amor es la venganza, preñan
con furia de retorno, y es en vano.
Padres que han muerto, nuestros hijos, nacen:
llegan llorando, como si se fueran.

INSOMNIO

La lámpara en el fondo del mar
es la única estrella de los que sobreviven:
esta leve demencia con que escribes
mientras las cosas en el cuarto pacen
igual que en aquel tiempo.
Fuiste el hermano que se quedó solo
entre delicias de anticuario, regalos
del desdén que se marcharon
contigo, y que regresan
hoy, lujo y minucia de la infancia,
mi alegría
pavorosa. En la fiesta
que se repite inacabable y pasa
como el temblor de una cortina, como
la súbita sospecha de una muerte,
piensas que puede hacerse realidad
aquella sombra tras la puerta. Aguardas.
La soledad retumba afuera.
Colocado de espaldas a la puerta
que no es el fin y al cabo sino otra
de tus máscaras, puedes mirar tu vida:
la sospechosa quietud de las ventanas
después de la lluvia, y los años
pinturas que encanecen
sobre el estante sin flores. Puedes
mirar tu vida, el ropero que calla
sigo de pánico, algo suave que cae, el desencanto
de un niño
hasta tus pies, como mano vacía.
Y sobre todo, puedes mirar
el abrigo en la percha, esperando

que te levantes para siempre,
cada vez más parecido a la vejez.
Un puñal viene al aire, en la penumbra
incluye entre sus triángulos a un niño.
Soy el hermano que se queda solo.
Nos vemos hemos despertado a medianoche
y hemos hallado en el espejo a nadie.
Tus únicas reales pesadillas:
no haberte muerto a tiempo, haber amado
cuando el amor era una cuerda fúnebre,
un caballo salvaje entre las flores,
no son visibles en la noche.
La soledad retumba enorme afuera: son los años
perdidos, las piedras
arrojadas contra el río
que permanece fiel, que nunca pasa.

VALS TRENZADO

Yo vi nacer

Un muerto
A dos metros de mí
bajo los pinos
del Congreso
de Lima

ciudad fortalecida
mi sangre
y la garúa
esas banderas rojas

**en tu memoria
no hay nada sino niebla
cuentos**

**ala de cisne sobre la frente
de los dormidos**

por el miedo

lo vi

caer

lancé una piedra
azul

**el miedo
esta flor
tenebrosa**

contra las balas

tú te revolcabas en las alfombras, lejos
yo lo vi derrumbarse
**entre tus cabellos desgreñados por la luna
dormías**

desde hace cientos de años
sin saber que esa sangre era la víspera
no hay nada sino niebla
**y los hermanos que jamás
volvieron**

desde hace cientos de años
no hay nada sino sangre **en los palacios**

de dios
y Juan Pablo **del oro**
potente como el alma
asesinado
tu puteabas **desde hace cientos de años**
de reajo **no hay nada**
en las iglesias **sino niebla**

y los señores ordenaban **fuego**
sus asuntos **de chamuscados sueños**
pisco y terraza **azul**
de las guitarras
los virtuosos **como**
crímenes **la sangre**

¡y tú dientes de perla cabellitos de ángel!

y tú pereza incienso **parabienes**
del robo **a ti**
que mal me amaste

luciérnagas terribles a tus ojos, moho
de vistosas tinieblas a tu traje, ramera
desposada por el confiado paso de los años!

quise un diáfano rostro me diste
para todos

un retrato sin nadie

quise un canto **y recibí**
de alas inacabables **estas llaves**

entre mis muertos

tu insolente vetusta despiadada belleza
desde hace cientos de años

no hay nada **alma vacía**
sino sangre **tres veces coronada**
por mi gravísima culpa

sonríes
en la feria
doradamente
danzas **yo no he muerto**
jamás

entre los pinos
sin saber
que es la víspera **en tus alamedas umbrías**
donde no paz ni primavera
pródiga **sino un paso temible**
sobre el césped **sin sueño**

sentenciada

es la víspera
no he muerto en tus deseos, en tus patios
donde los niños crecen como escombros
ah mi caritativa

ni entre los manantiales
es la víspera

de los Andes
mi ciudad, mi muchacha

tampoco
en tus caderas
en tu piel
de linterna **caída tras del muro**
oropéndola ciega

en tu avispa

zumbando **óxido y vicio**
 allá
 en mi infancia **para siempre perdida**

Ha llegado el invierno toca
sus vientos en tu cuello
centellean
como filo de hacha toca
 por última, primera, única vez
 la vida

Yo vi caer
 un muerto
 a varios siglos de mí:
 la barba el Virrey, tu Mustio Esposo,
 sirvió de escarapela a los soldados

Escucha son los vientos los únicos
 que no te han olvidado

Yo cerraré tus ojos **con un canto**
 de dicha **peinaré tus cabellos**
 y otro rostro
 ha de alzarse **para siempre**
 del tuyo

Los vientos centellean en la noche es el día

¡El yeso, el sin memoria **no hay nada**
 Para tu última máscara! **sino sangre**

ESTO ERA PUES, Y NADA MÁS, LA VIDA

Se levanta, como un brindis, la noche
en su luciente copa
veo caer mi vida, las primeras estrellas.
Tú duermes sin saberlo, al otro lado del mar
y el sol del mediodía te consume.

Aquí la noche se alza, cae, se quiebra
la memoria
y descubro las calles recorridas contigo
como si caminara sobre un montón de vidrios.

¿A quién amas ahora?
¿Cantas acaso, como yo
sobre una boca que solloza?

En las veredas llueve como siempre,
los árboles dan sombra, dan ganas de vivir
bajo la lluvia.
Y es igualmente inútil decirlo que olvidarlo:
el regreso cabalga sobre un pájaro muerto.
Las temporadas en que el amor regresa
son cada vez más breves, más delgadas,
los amigos proclaman con su vida
las inconveniencias de la felicidad
y noviembre se aleja
en un vértigo lento que se parece mucho
a acostarse contigo y a la vida.

¿Qué más, sino contarte
que mi corazón humea todavía,
que no cabe en tu pecho,

que la única órbita digna de mención es la muerte?

Entrepierna pensante, tijera
Y boca del paraíso, ¿qué esperabas de mí?
¿que fuera el niño ciego entre los cactus,
el lecho de ceniza
en donde te revuelcas con tu sombra?
Te escribo desde un cuarto del Hotel des Nations
a dos años exactos de nosotros
Pronto amanecerá, ¿cómo es que se hace
para vivir cuando amanece?
Pienso que si me oyeras la boca y no la voz
me oirías, me verías
borronear estas páginas, penosamente
como quien camina sin sombra bajo el sol.

Pero es de noche, llueve, estoy sentado
y escribo, simplemente.
No otra cosa podía yo ofrecerte
-después de tanta vida vivida vanamente-
sino este simulacro de agonía, estas líneas
en las que has regresado nuevamente a morir.

Poco antes de partir (1971)

era tiempo
y los relojes ignoraban el peligro, sus agujas
como el abrazo de un náufrago en la dichosa
profundidad,
mi boca persiguiendo tu vientre en el silencio que
precede a los incendios
y las almohadas húmedas y los ojos que ya no veré
nunca,
girando en los espejos y en la noche infinita:

ayúdame a quedarme cuando me encuentre lejos

En todo cuerpo que mis manos conduzcan
a la hoguera,
en todo el cuerpo que mis manos alejen a la orilla,
tú seas el reverso de esta inútil victoria,
la única copa que yo no desdeñe después del vino
fúnebre

Nada puede aprisionar al viento sino la libertad

Nada sino la libertad podría rodearnos ahora
y hacerte comprender que estuve solo
porque la intemperie no cabía en aquel cuarto
sórdido

que tú insistías en llamar país, doce millones
de rostros
pegados a los muros de un Orden repudiable
y desleído

Ayúdame a prescindir de estos fantasmas que amo
Ayúdame a no golpear y golpear la puerta
como si ella tuviera la culpa
Ayúdame a ser la llave que abra sin cerrar
nunca nada

A mí, tu único hermano que nació sin tiempo,
ayúdame a no perderlo, por lo menos así
como quien pierde la llave con la puerta
y no puede salir ni regresar, menos que un niño
que rasguña el aire como si fuera la tapa del ataúd

Porque yo he recorrido las colinas de Francia
y he visto
en el estruendo verde, en la delicadeza desbocada
de junio
he visto un niño lejano y eternamente dormido bajo
un río de sangre

Y he cruzado el Pont Neuf con los ojos vueltos
al turbio origen del destello

-miles de argelinos fundidos para cada baranda
de piedra
-miles de vietnamitas bajo cada loseta primorosa
miran pasar, inútilmente, el Sena

Y están ahora aquí nombrándome, hilo de los
retratos
de saliva dorada colgados de los muros que
se ensanchan

Los días pasan por tu rostro como una cicatriz
oscura

**Ayúdame a prescindir de estos fantasmas que amo
y que destruyo**

y mis dedos te palpan con la voracidad de un ciego
en la noche

Me había olvidado de la noche

Ayúdame a tocarte ansiadamente

Me había olvidado de mi cuerpo y su noche soleada

**como quien toca la puerta de una casa que se aleja
y se aleja**

y tu cuerpo, este leño que sobrevive al miedo
y la ceniza

Me había olvidado de algo tan simple y verdadero
como beber un vaso de agua, levantarme en la
sombra

de los cuartos prestados, dejar correr el tiempo
todavía entre sueños y luego despertarnos con la sed
en tu cuello

Me había olvidado que la vida también está hecha de
todos esos íntimos, esos heroicos acontecimientos
que se cumplen a tientas

entre un cuerpo desnudo y otro cuerpo desnudo,
entre el cauce del río y el vaso de la boca

Anduve mucho tiempo tras los muros
demasiado lejos, buscándome
con un palito entre las ruinas, con un fósforo
que encendía en mi mano las mechas temblorosas

Y no me hallé siquiera entre los muertos

Me había olvidado de quedarme dormido
a la intemperie
sobre un pecho como sobre una llanura inacabable
donde las maravillas de cada día crecen
sin sobresaltos
y los ciegos hallan placer en extraviarse
y los amantes que se despidieron para siempre
no temen encontrarse de nuevo por primera vez

Ayúdame a no vivir
Como una roca en medio del mar
Ayúdenme a no ser más el pasajero que la lluvia
desdice
sino el único suelo por donde caminen los hoteles
en donde nuestros cuerpos giraron y se hundieron,
no los pasos medrosos
sino el pie detenido al borde de la cama
a la orilla de un cuerpo que cae dentro de sí
como un abismo precipitándose hacia el pecho
del suicida,
hacia el irremediable plumaje del suicida,
no esta frente viuda, sin nadie al frente, viendo
cojear al destino como un río que ha perdido
una orilla
y avanza seco recordando el agua,
no una silla sino cualquier camino
y cualquier trote cálido en lugar de esta oreja
pegada en tierra, oyendo llegar nada

Me había olvidado de mi boca persiguiendo algo más
**Ayúdame a prescindir de los fantasmas que amo
y que destruyo**
y sin los cuales la vida sería solamente
algo más que una hermosa palabra entre las sábanas
algo más que otra boca entre los falsos sueños
y las páginas

Me había olvidado de escribir simplemente,
como quien bebe
o ama, sin que el Olimpo se me suba a la cabeza
Me había olvidado que un poema se prepara
con minuciosa alegría
como un regalo que ya nadie espera, y se moldea
con urgencia
y violencia, con irrepetible, con irremediable ternura,
como hacerle el amor a una mujer que se va a morir
mañana

Me había olvidado que te vas a morir mañana
Ayúdame a ser el caminante que no pide nada
Me había olvidado que me voy a morir mañana
que no pide nada sino un poco de camino
Me había olvidado que nunca más tendré 31 años
sino un tronco de sombra junto al fuego
Me había olvidado que nunca más tendré 18
Pero que yo no me dé cuenta
ni un padre flaco y barbudo pintando allá
en la infancia
que no husmee tu mano

ni el corazón como un delfín atado a su veloz
terciopelo

me había olvidado

el receloso animal que me habita

que nunca más repetiré en agosto estas caderas
y la miel quemada
en cuyo olor subimos uno a uno los labios,
los instantes
la inalcanzable noche de Madrid
hasta encontrarnos, hasta renacernos,
hasta exterminarnos

Y como canta al fin de la escalera, sobre las últimas
estrellas

otra vez, otra vez por vez primera, como una rama
tierna el fuego muerto
y oyéndolo nosotros regresamos a ver, somos los ojos
del niño que dormía bajo esa flor de nieve

Porque vivo hace siglos en el aire de un trapezio vacío
yendo y viniendo
de lo que he sido a lo que no seré
Porque muero hace siglos a la orilla
de un cuerpo hundido:

ayúdame a no olvidarte

y la pesada piedra que me amarra hacia el fondo
sea una pompa de jabón, las alas de un dulcísimo
castigo

Ayúdame a tocarle ansiadamente como quien toca
la puerta

de una casa que se aleja y se aleja
Ayúdame a ser el caminante que no pide nada
sino un poco de camino, un tronco de sombra junto
al fuego

Pero que yo no me dé cuenta, que no husmee tu mano
el receloso animal que me habita
el desolado animal que me habita en la noche
y en el día

deja abierta la puerta para que tú regreses o me vaya

Ayúdame a quedarme cuando me encuentre lejos
cuando me encuentre lejos de la memoria
que me devuelves
sin proponértelo
como quien llena un vaso de agua simple
y en el gesto de su mano extendida caben todos
los mares

Pasan todos los mares
Como los días
Pasan todos los años, las personas, las calles,
los adioses
Ayúdenme a quedarme cuando yo haya pasado
cuando yo haya pasado sobre el papel en blanco
como un cuchillo por el rostro
de estos días
en donde tú ya eres
la sonrisa que insiste cuando los labios cesan

El mar se abrirá entonces
y ha de pasar en medio
de las olas
ese
niño
indefenso

Y en su mano nosotros como el último fósforo.

Como tatuajes en la
piel de un río (1985)

XVII

He de volver a ti como al lugar del crimen
Y sólo al fin del viaje
 ¡No existe ningún viaje
 Ni el hilo aquel de miedo descifrado
 Ni estos cuerpos que parten de ti
 Sin encontrarte! ¡No
En la misma provincia de la noche
Has de soñar conmigo cuando sueñes con nadie

XXIII

Algo, desde la alfombra, cierta prisa
arrogante, sin pasos ni persona,
hiende la noche y noche me convida
en árido mantel. Memoria, sobras

codiciadas, fragancias desmedidas
que alguna vez cupieron en la rosa
como todas las sangres en mi espina
pero que luego, sin por qué, sin boca
llamáronse a beber, neblinas, idas
músicas de ya no, volcadas novias

me tiende desamor, mortal fortuna:
eternas fueron todas, y ninguna

XXXVIII

Yo atravesé el espejo sin rasguñar tu imagen
Y al otro lado vi
La estatua del amor, siempre, cayendo
A sus propios pies
Como malbaraté de día en día
Como de mano en mano, gastándole los bordes
Al corazón

Poemas breves

Y el tiempo, mi tiempo, el tiempo:
el tiempo no se atreve, sufre mucho
en tu cara, al tener que pasar
resquebrajando tan dulcísimo suelo!...



Quédate así, penumbra, en la penumbra
que bebo sólo porque a ti me lleva.
Alguien, tras la puerta, me apresura.
Y sé bien que no hay nadie tras la puerta.



Yo miro el mundo con el corazón, porque si lo miro con los
ojos, me pongo a llorar.



En el Perú las puertas son tan angostas, que nunca pueden pasar
dos alegrías al mismo tiempo...



Yo me siento feliz habitualmente y cuando veo alguien hecho
feliz – me duplico.



La poesía debe ser de todos, y el poeta – de todas.



Pasando entre los hombres, ellos ven solamente a mi cuerpo,
como si mi alma se ha vuelto invisible ya...



... no esperaba que todo será tan como lo esperaba...



... estoy gozando tu ausencia omnipresente...



... mejor que se diga siempre la verdad, para que se sepa al fin
la mentira!



... lo que nunca será, ya fue mañana.



...de un poema lo que más me interesa es la música,
así como de una canción lo que más me interesa es la letra...



... no hay amor que dure cien años, ni cama que lo resista...



Que es más monótono el ciclo primavera-verano-otoño-invier-
no;

y en cambio, aquel “verano eterno” está lleno de estaciones inesperadas, es más vivo!



He aprendido en esta vida, si he aprendido algo,
que nada hay más hermoso, nada más perdurable ni perfecto,
que el recuerdo encantado de lo que nunca ocurrió.



Ayahuasca

El ayahuasca no es placer fugitivo, ventura o aventura sin semilla como para los wiracochas.

El ayahuasca es una puerta, pero no para huir, sino para entrar en éstas y otras naturalezas. Para recorrer las provincias de la noche que no tienen distancia, inabarcables.

La luz del ayahuasca no explica, no revela misterios.

El ayahuasca riega la tierra desconocida y ésta es su manera de alumbrar.

Y cuando se le llama con urgencia y con respeto, el ayahuasca es el costado de un cuchillo de piedra.

Separa el cuerpo de su ánima.

Si un ánima está enferma, la divorcia de su materia dura, niega el contagio, lo empala. El ayahuasca enseña el origen y la ubicación del mal. Y dice con qué cantos, con qué icaros espantarlo.

Y si el cuerpo está enfermo, igual.

Lo separa de su ánima para que no la pudra. Enseña también las raíces que mantienen al cuerpo espiritual del ánima material distantes, separados, hasta que la carne resucita en el preciso corazón de su salud.

Y eso que parece ser nada, lo es todo.

Hay dones, hay poderes, hay mandatos, hay raíces y jugos de raíces.

Cortezas precisas para esto y aquello. Ciertos tipos de lluvia
que se beben y también ciertas piedras.

Cómo y cuándo utilizarlos y prepararlos, eso es lo que sabe
el ayawuaska.

Y eso lo transfiere si así lo considera, si el cuerpo y el ánimo
lo merecen.

Cuando se sabe llamar al ayahuasca Con urgencia y con
respeto, no hay error, no hay milagro, ni antes ni después
del ayahuasca.

Hay lo que merecemos conocer, lo que merecemos ignorar.
Todo es merecimiento.

Cuando se sabe llamar al ayahuasca es fácil todo imposible.
Porque hasta la ceniza se vuelve agua cuando un sediento
la besa.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos
de la Universidad Alas Peruanas
Los Gorriones 264, Chorrillos
Lima-Perú
2012

CÉSAR CALVO SORIANO (1940 – 2000)

Poeta, narrador y periodista. Premiado por su poemario, aún inédito, *Cartas para el tiempo*. Compartió con Javier Heraud el primer premio Poeta Joven del Perú con *Poemas bajo tierra* (1961). Luego publica *Ausencias y retardos* (1963), y es galardonado por *El cetro de los jóvenes* (1967). Con Javier Heraud escribe *Ensayo a dos voces* (1967). Su libro de poemas *El último de Volcek Kalsarets* (1975), obtuvo el Premio Nacional de Poesía.

Su magistral novela *Las tres mitades de Ino Moxo* (1981) fue traducida al italiano y al inglés. En 1985 publicó su poemario *Como tatuajes de la piel de un río*. Al año siguiente edita sus crónicas periodísticas con el título de *Campana de palo*. En 1990 termina y publica su libro de investigación periodística *Los lobos aúllan contra Bulgaria*.

César Calvo, es considerado uno de los poetas hispanoamericanos más importantes del siglo XX. Fallece en el año 2000, luego de concluir su ensayo poético *Edipo entre los Inkas*, obra publicada un año después de su muerte por el Congreso de la República. Al año siguiente (2002) fue publicada una antología poética de su propia traducción titulada *Vacaciones rumanas*.

En el 2011 se reeditan dos de sus grandes obras: *Las tres mitades de Ino Moxo* y *Pedestal para nadie*.

ISBN: 978-612-4097-40-9

